



Juan Romero.

más que formas dibujadas, formas escritas... con una recurrencia a lo que debía haber en la pre-escritura con el dibujo en trance de metamorfosearse en letra y cifra.

Porque, claro, Juanito Romero dibuja. Pero no dibuja como suelen hacerlo los pintores, buscando la melodía de la forma. El va buscando la definición casi escrituraria de lo que pretende comunicarnos. Y en esa tesitura, él somete a la ley de las definiciones literales (iba a decir «literarias», pero me parece excesivo) hasta al propio color. Sí, Juanito pinta. Pero pinta no para traducir la fiesta cromática de un entorno visible, sino haciendo que el color sea también color-literatista: color de estados anímicos, amarillos, naranjas, azules. Es decir, su literalismo, quiero decir, su escriturismo, no se define solamente por el hecho de que Romerito lo que hace con su pintura es contar; se define, fundamentalmente, porque su palabra está expresada linealmente, no formalmente... Es decir, sus líneas pueden referirse a formas, pero sus formas no tienen, no quieren tener, ni gravedad ni volumetría.

Y otra cuestión. Importa referirse a ella, porque hay que salir al paso de una definición muy tentadora a la hora

de tener en cuenta la pintura de Juanito Romero: Nada de «naïf». Es cierto que algunas de sus pinturas recuerdan esa concepción. Pero Juan Romero hace la pintura que hace después de tener asimilada, como cualquier artista, mucha historia del arte y mucha visión de la pintura. Lo que ocurre es que él realiza la pintura que él necesita. Toda pintura —todo arte— está hecha para expresar realidades. La de Juan Romero está hecha para contar: esta exposición es un ejemplo característico de ello. Y él lo que ha hecho es asumir la pintura escrituraria para expresar la realidad que le interesa: él lo que quiere es contar.

Juanito Romero tuvo una vez, en la Bienal de París —porque ha vivido bastantes años en París—, el premio de la crítica. Pero él, tranquilo. El es, sin proponerse eso directamente, uno de los artistas más originales de la nueva pintura española. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

**Sevilla:  
Las misiones pedagógicas  
de Paco Cuadrado**

El grabado está en alza en Sevilla. En la ga-

lería Damas, de la calle Asunción, veintiséis grabadores han tenido la buena idea de montar una colectiva para mostrar qué es el grabado, cómo se hace. Pusieron allí un tórculo, llevaron planchas, organizaron visitas de escolares. «Grábelo usted mismo» era lo que venían a decir, en una muestra de arte vivo, haciendo en serio lo que comercialmente estuvo de moda hace unos años en las playas de nuestras costas turísticas, aquello que cada cual pagaba sus cinco duros, se ponía ante la centrifugadora, le colocaba el rectángulo de cartulina e iba mezclando esmaltes de unos grandes, gra-sientes botes.

La experiencia de la sala Damas ha sido positiva hasta el punto de que Zóbel ha comentado:

—Aunque conozco bastante de lo que se hace en Sevilla, me ha sorprendido el conjunto de esta exposición y creo que debería mostrarse fuera del ámbito local...

Cortijo, Teresa Duclós, Paco García Gómez, Paco Reina, Rolando, Manuel Salinas, Margarita Sierra, en la galería Damas han estado muchos grabadores «sin otro nexo de unión que su arte», como ha señalado A. Rodríguez en «La Ilustración Regional».

Pero la historia del grabado en Sevilla viene de mucho antes de esta colectiva de Damas. Alentada por Paco Cortijo, en los primeros años sesenta hubo toda una escuela sevillana de grabado popular: Cuadrado, Olmos, Cristóbal... De todos ellos, a pesar de la prisión y del hambre, Paco Cuadrado ha permanecido con un fervor monogámico fiel al grabado. No entro ni salgo —Morenos Galvanes tiene la Santa Crítica que lo sabrán demostrar— en la viabilidad del realismo social que Cuadrado sigue cultivando; no es mi intención formular juicio alguno sobre sus nuevas y trágicas «nuevas escenas andaluzas», tan alejadas del sainete y de la copia: la huelga, el paro, el apañeo de la aceituna, la represión, la cárcel... (Si me gustaría hacer un paralelo, que viene dado, entre dos artes populares, por sus modos de expresión y por su intención: entre los linóleos de Paco Cuadrado y las letrillas, como él las llama, de Manolo Gerena.)

En su fervor por el grabado, Paco Cuadrado ha iniciado —por ahora en solitario, quizá dentro de unas semanas con un colectivo— las que yo llamaría sus «Misiones Pedagógicas». Cuadrado ha visto que a las galerías de arte en

Sevilla van únicamente los que habitualmente visitan las galerías de arte, y en la perogrullada quiero que vaya toda una sociología de urgencia de la cultura en el Sur. Cuando a la colectiva de grabados de Damas han ido escolares de los barrios, bachilleres de los Institutos, ha sido un público nuevo el que se ha incorporado a este universo de colgar cuadros en un sitio, de siete a diez de la noche. Cuadrado le ha visto la punta a esta aproximación, y ha iniciado la guerra por su cuenta. Una guerra solitaria por barrios y fábricas. Que yo sepa, Cuadrado ya ha colgado sus trágicos grabados andaluces en la barriada de San Jerónimo, en un club obrero de la Macarena, en otro parroquial del Plantinar, en la fábrica de Construcciónes Aeronáuticas... Y tiene cuerda para rato, porque piensa seguir este itinerario por una Sevilla alejada de la cultura y de las salas de exposiciones, del entendimiento más alienador del arte.

Estos mítines que los grabados de Cuadrado dan por los barrios tienen su historia. Hace cosa de un año vino por casa a que le hiciera unos textos para unas exposiciones en Asturias y en Alicante:

—No veas cómo respondió la gente en Alcoy... Eso es lo que nos hace falta aquí; si los trabajadores no van a las galerías, porque es algo muy alejado en todos los sentidos, llevar el arte a los barrios, y decirles que eso mismo es lo que hay en las galerías.

Porque en las exposiciones no se limita a colgar unos grabados. Cuadrado realiza coloquios sobre los problemas del arte en España, sobre las técnicas del grabado, sobre los entresijos de la cultura popular. En cada exposición hace una tirada grande de algunas obras, de forma que cualquiera pueda comprar un grabado por diez, por veinte duros. Me imagino que de muchas salidas de estar de las barriadas sindicales de Se-

villa se estarán quitando en estos días las enmarcadas y barnizadas hojas de almanaque de la Unión Española de Explosivos para poner los grabados de Paco Cuadrado. Por algo se empieza. ■ ANTONIO BURGOS.

**TEATRO**

**Presentación, tardía, de Joe Orton en España**

Después de varios estrenos que sólo invitaban a consideraciones sociológicas —bastante pesimistas, por lo demás—, «El realquilado», de Joe Orton, nos permite retomar, con cierto respiro, la crítica teatral.

Lo primero es decir que la obra se estrenó en Londres en 1962, siendo hasta ahora su autor un perfecto desconocido para el público español; desconocimiento atribuible a la armonía de tantos años entre la crudeza del dramaturgo y el criterio implacable de nuestros censores. Recordemos que «Mirando hacia atrás con ira» mereció la indignación de buena parte de la crítica barcelonesa, y que «Un sabor a miel» no pasó, en su primer intento de estreno, de la sesión única. Datos todos ellos que es preciso traer a cuento tanto para entender la obra como su tardía llegada a nuestros escenarios.

Encuadrada «El realquilado» en el que se llamó teatro de los «jóvenes airados», o «coléricos», conviene repasar las fechas de un movimiento que reflejó en el teatro una serie de cambios sociales y políticos del país. De 1956 es «Mirando hacia atrás con ira», de Osborne, título prologal y básico de la nueva corriente;



Paco Cuadrado.